

Traduc. por J. Spengler

Bases

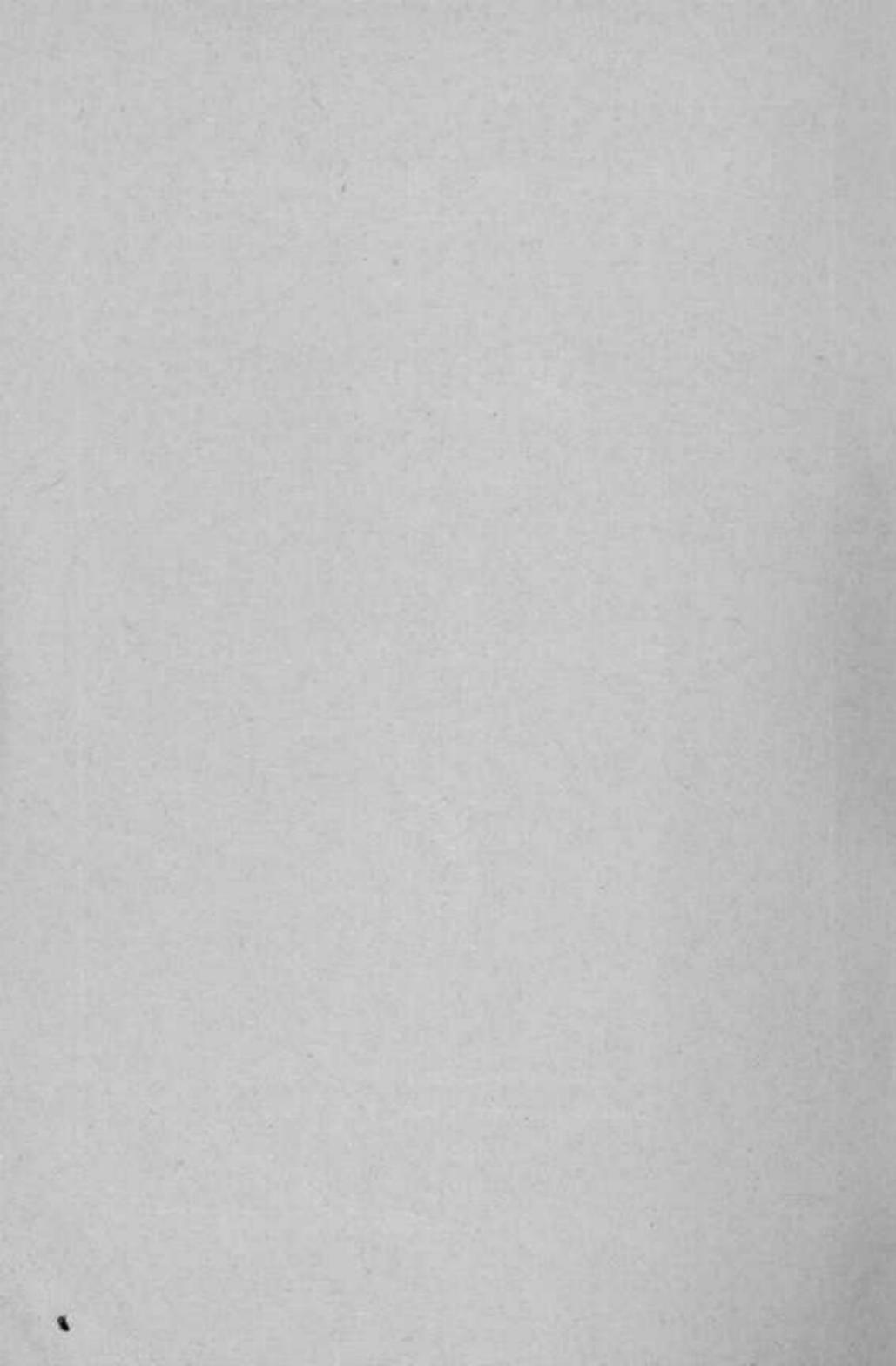
para un

Programa de Renovación
de la Juventud Burguesa



Talleres Tipográficos "CUESTA"
Maefas Picavea, 38-40, Valladolid
1936

G-F 8661



DC
A

BASES

PARA UN

PROGRAMA DE RENOVACIÓN DE LA JUVENTUD BURGUESA

TRADUCIDO POR
J. SPENGLER



VALLADOLID

Talleres Tipográficos "Cuesta" Macías Picavea, 38-40

1936

e. 1180520
t. 112003

VISADO
POR LA CENSURA MILITAR



2. 108715



BASES PARA UN PROGRAMA DE RENOVACIÓN DE LA JUVENTUD BURGUESA

I.—RESUCITAREMOS EL ALMA BURGUESA

¡Burgueses!

Al poner en cabeza de nuestro programa el nombre de burgués, para proclamarle nuestro nombre, no ignoramos lo audaz que resulta nuestra determinación. Muchos de los más genuinos burgueses vacilan, cuando se trata de reivindicar para sí un nombre que tanto ha deshonrado el uso. Contra ese nombre se levantan a la vez, desdeñándole, todos cuantos no lo son y cierto humano respeto por parte de los burgueses mismos.

Parecen conjurarse tanto el menosprecio de los unos como el temor de los otros, para quedar sin su nombre propio a una gran familia: nombre blasonado por siglos y orlado con tantas virtudes domésticas y servicios sociales, fuera del cual, en suma, vanamente iríamos a buscar otro.

Con todo, que nuestra primera palabra sea para decir a los que dudan y a los que temen: ¡Valor y orgullo! Somos burgueses, y ¡burgueses queremos seguir siendo!

Burgués, obrero, campesino: títulos honrosos.

No es la primera vez que ha llegado a ser incomprendible casi para todo el mundo el nombre propio de una clase; pero tampoco lo sería que le hubiera hecho recobrar su buen crédito la misma clase, con su energía, con la exuberancia de un profundo vigor, desarrollando sus buenas cualidades, haciendo, por lo mismo, que se convierta en título de grande honor el nombre desacreditado.

Hubo un tiempo en que llamarse obrero deprimía, como si a ese título acompañara el peso de mil humillaciones. Pero los obreros manuales han ido poco a poco haciéndose cargo de la dignidad de su trabajo, han reconocido la indispensable contribución del trabajo al bien común, cómo es un factor necesario de la gran solidaridad humana y una tarea bendecida por Dios. Y he ahí que su orgullo ha venido a ser un resorte vital para la más numerosa clase de todos los pueblos.

El título de campesino, que a su vez es evocador de ideas tan nobles, hace no mucho tiempo tampoco gozaba de gran crédito. Los hombres que tanto contribuyen al bienestar de los otros, hallábanse como sepultados en la obscuridad de su condición nativa. Pero, ya hoy, ¡qué cambio! Los campos resucitan, se organiza la vida rural y el cultivador, mucho más de día en día, se siente feliz de ser, por decirlo así, la base y el fundamento de su nación.

Fijándonos en tan extraordinarias renovaciones,

fuerza es admitir que cuando se degrada un nombre, se debe principalmente al modo con que se lleva. ¿Quién se inclinaba en otros tiempos ante un obrero manual o ante un labrador? Era que los mismos obreros y campesinos padecían de su propia depresión. Lo mismo, nadie se mofará del nombre de burgués cuando la burguesía muestre al mundo tenazmente, resueltamente, briosamente lo más puro de su alma.

Pero necesario es convenir en que tal cambio es propio casi exclusivamente de gente moza. Remar contra corrientes alborotadas, exige fuerzas nuevas, robustez. Iluminar con clara luz el entenebrecido ambiente de una clase, tienen que hacerlo inteligencias intactas. Restaurar no ya el nombre, sino el sentido mismo del nombre y la vida que por él circula, ¿no exigirá también savia nueva?

Seguramente. Por eso nos hemos atrevido a invitaros desde las primeras palabras a que con nosotros hagáis un acto de fe, convencidos y fervientes.

La burguesía resucitará por su juventud.

He ahí que ya se levanta del seno mismo de la burguesía una juventud, para llevar a cabo su restauración.

No viene a juzgar faltas de los antepasados. Son sus padres y comprende muy bien que su propia sangre se le sublevaría en lo más profundo de su ser ante juicios y acusaciones en cierto modo impías.

¿Es que no han estado los burgueses del siglo anterior a la altura de su misión? ¿Hasta qué punto serán responsables de que la palabra «burgués» tenga hoy en tantos labios un sentido egoísta y regalón? ¿En qué grado su audaz espíritu emprendedor ha contribuido a procurar a los pueblos tantos medios de subsistencia, sin los cuales no serían hoy las naciones ni tan poderosas ni tantas? ¿Es que hubiera sido fácil o posible a la burguesía de hace un siglo contrarrestar el predominio de un individualismo, nacido para reaccionar contra excesos innegables y prolongados? ¿Era posible para uno siquiera de sus miembros renegar prácticamente de las ideas de su siglo y singularizarse? ¿No hubiera sido su propio aniquilamiento cuando tan desenfrenada era la concurrencia? Nosotros dejamos todas estas cuestiones al sereno investigador histórico. Nuestra misión es otra. Cuando la juventud habla, no es precisamente mirando al pasado, sino al porvenir.

Por eso, nos atreveremos a preguntar sencilla y serenamente a cuantos jóvenes pertenecen a nuestra clase social, a los de profesiones liberales y de carreras administrativas, del comercio y de la industria: ¿De qué siglo creéis que sois? ¿Del siglo XIII y de las corporaciones, del XVI con su naciente capitalismo, del XIX con su liberalismo triunfante? Por lo que a nosotros hace, sin renegar de cuanto de fecundo y sano han procurado esos siglos, audazmente, nosotros somos del siglo XX.

Sí; pertenecemos al siglo estupefacto que ha exaltado la riqueza sobre todas las ambiciones, para destrozarla en un arrebatado de cólera y hundirla en el abismo. Hemos visto aparecer un progreso material, cuyo desarrollo ha transformado toda la manera de ser de la vida en cincuenta años más radicalmente, que antes en diez siglos. Pero, también hemos visto a los pueblos entregarse a carnicerías que no se habían conocido en tiempos de la mayor barbarie y los vemos todavía hoy rezumando irrepresibles odios. Sí, pertenecemos al siglo que ha visto desaparecer por decenas los tronos, que ha puesto en el crisol a todas las naciones, en el cual se presenta *toda la humanidad* entre angustias los problemas de vida o muerte.

Nuestra época hasta hoy inaudita, la tenemos cariño, por su grandeza, por su debilidad y, sobre todo, por ser la nuestra, y sentimos renacer en lo más íntimo de nuestro corazón la inmensa esperanza *de un mundo en camino de restauración, de una gran misión que cumplir y de un gran poder que desplegar.*

En el fondo mismo del profundo crisol donde se amontonan unos tras otros los antiguos materiales y elementos para formar una liga y pasta cuya precisa fórmula nadie conoce todavía, palpita una cuestión especialmente interesante para nosotros, jóvenes burgueses, aunque concierne también al conjunto social. Cuando la libertad y autoridad, cuando lo individual y lo social están a punto de trastornar sus relaciones

y cuando las clases sociales pierden su equilibrio y se pregunta uno si es que van a igualarse todas, he ahí que, después de haberse presentado la cuestión obrera y luego la cuestión agrícola,

Se presenta la cuestión burguesa.

La burguesía subsiste aún como en tiempo de los Comunes, del renacimiento mercantil y de las expansiones industriales. Pero, ¿tiene su lugar en el mundo del mañana?

Si la burguesía representa en la historia el progresivo impulso de gentes emprendedoras y audaces, que sabían concebir, progresar e inventar cuando las otras clases, por fuerza o de grado, vivían apegadas a su rutina y en la indigencia, ¿qué pasará desde ahora que las otras clases, despertando de una somnolencia secular se han emancipado, cuando ya ocupan un gran puesto en el corazón del mismo poder público, y cuando el Estado trata de reparar seculares olvidos, orientando toda la vida social a la rehabilitación de los débiles?

No hacemos estas reflexiones, como pudiera creerse a primera vista, por inquieto interés y menos por el egoísmo de quien ya se viera con la soga al cuello. Es una cuestión que sinceramente se presentan los jóvenes, para quienes el porvenir es un enigma. ¿En qué sentido habrán de orientar ellos o les orientarán su vida? ¿Vale la pena hoy comprometerse, ya en una,

ya en otra de las carreras que aún siguen llamándose «liberales» e «independientes», donde nuestro personal esfuerzo, a través de una incesante lucha, nos puede conducir al ahorro, tal vez a la riqueza, con la seguridad de una vejez tranquila y de un porvenir para nuestros hijos? ¿No sería preferible abandonarse a esa especie de fatal movimiento que convirtiendo al individuo en minúscula pieza de una inmensa máquina, le reduce visiblemente al servicio de la colectividad, prometiéndole, a cambio de su dócil fidelidad y de su oscuro, aunque honesto trabajo, proveer modestamente a las principales necesidades de su existencia? Iniciativa personal o conformismo social, he ahí en qué términos proponen muchos jóvenes burgueses el problema de su porvenir. Y aun muchas veces en esto ven una irreductible alternativa y juzgan que entre los dos extremos que se les aparecen, el uno como de ayer y el otro como del mañana, es imposible la conciliación, y es preciso, sin embargo, decidirse por uno.

Antes de proseguir en más explicaciones, vamos a determinar nuestra posición.

Sí; la burguesía debe subsistir.

Y debe subsistir porque la existencia misma de un pueblo civilizado está unida íntimamente a la presencia en su seno del vital elemento de la burguesía. Pero, entiéndase bien: no subsistirá, con todo, la burguesía, ni ella ni los jóvenes burgueses podrían desempeñar

el papel social y nacional que les corresponde, si no se deciden a examinar su conciencia y a revisar con valentía su posición.

Ante todo, es necesario que *la burguesía reconozca su verdadero valor*, que no es precisamente un valer que pueda reducirse a monedas. Examinando cuanto de más precioso hay en ella, no tardaremos en reconocer que se halla encargada por la Providencia de un papel que desempeñar en el mundo, de la conservación de importantes bienes del cuerpo social, de dar ciertos buenos ejemplos; en suma, tiene su misión indeclinable que ninguna otra clase social puede sustituir.

Precisamente por sus destinos eminentes, inscritos en su misma naturaleza de burguesía, no puede aceptar que se la desconozca o vilipendie, y debe rechazar con desprecio cualquiera falsificación de su nombre y oponerse con toda resolución a que se la degrade su espíritu. Antes al contrario, está llamada noblemente a defender los altos valores humanos, de los cuales viene a ser depositaria por excelencia.

Esta es la primera condición de la supervivencia y expansión de la burguesía.

No es menos necesario, con todo, que una vez reconocida su dignidad, la burguesía cumpla *efectivamente* los deberes que justifican sus derechos. Ante todo es preciso que se constituya, que exista.

¿Que se halla hoy dispersa la burguesía? Nosotros la queremos unida.

¿Que hay en ella tantas cabezas como sentencias? La burguesía no puede tener valor, más que siendo lo que debe ser, una sola cosa.

Esta restauración es ciertamente posible. Y se hará, creámoslo, el mismo día que dejen de mirarse los burgueses con ojos glaciales, comenzando a considerar a sus compañeros, no como extraños, concurrentes o rivales de ayer o de mañana, sino al contrario, sintiéndose todos estrechamente unidos entre sí, para llenar una gran tarea, una misión que nadie puede cumplir sin ellos.

**Burguesía consciente,
Burguesía unida.**

He ahí los principales elementos de la renovación burguesa, factor esencial de la renovación del mundo.

Y por qué ante todo y sobre todo es necesario

Volver a la burguesía su alma.



II.—UN IDEAL DE SANA BURGUESÍA

Sin ideal común, imposible concebir alma común.
¿Qué pretende la juventud burguesa?
Ante todo,

Que el hombre sea tratado como hombre.

Formulando esta reivindicación primera, entramos de lleno en el corazón mismo de uno de los más graves problemas de actualidad. Presentamos noblemente, formalmente y francamente el problema de la civilización misma.

Hay un progreso de la vida que pone al servicio del hombre aparatos, herramientas, fábricas y máquinas que tienen por destino ahorrarle tiempo y trabajo. El talento de los físicos y de los ingenieros ha transformado la vida material hasta el punto de haberla renovado profundamente y en bien pocos años. La técnica de la producción ha conseguido aliviar muchos brazos rendidos al esfuerzo y descargar muchas espaldas encorvadas. Desde los ferrocarriles hasta los automóviles y aeroplanos, desde los teléfonos a la radio, la técnica de los transportes casi ha suprimido las distancias y permite a los hombres comunicarse del uno al otro extremo del mundo. Con el cinematógrafo la técnica de los espectáculos nos ofrece, por bien pocas

monedas y a nuestra elección, todas las visiones de la vida real o de la vida imaginaria. Hay en todo eso, una grande, muy bella y muy noble transformación. ¿Quién se atrevería, por tanto, a censurar los progresos del último siglo? Multiplicando hasta lo infinito los mil accesorios de la vida, ha multiplicado, en otro tanto, el valor de la vida; ha hecho nuestra palabra sutil como un relámpago, nuestro andar más rápido que los vientos, nos ha hecho nacer con alas. Contra esa mecanización, ¿quién protestaría?

Es, con todo, una mecanización que no se merece tanto entusiasmo. No solamente ha tenido repercusión sobre los accesorios de la vida, sino sobre la misma vida.

Efectivamente. Hay, ante todo, *una manera* de entregarse los hombres a esos modernos servidores de nuestra existencia: la prensa, el cine, la radio, todas las diversiones materiales, en suma, que *trastorna* los papeles, convirtiendo en amos a los siervos, sujetando finalmente al hombre a su inevitable servidumbre. Hay espíritus que a fuerza de leer, ya no piensan; imaginaciones que se han atiborrado con tanta novela y desvanecido con tanto cine, que ya no son capaces de concebir nada; hay corazones tan atolondrados a fuerza de música y bailes, que no pueden más.

Los remolinos de una fiebre general, rebosante de motores, ensordecida con tanto revibrar y rugir aéreo y terrestre deshacen al hombre, lo agobian y lo pulverizan.

Contra uso tan insensato de las obras del genio debemos protestar con vigor, porque desecan el espíritu, empedreñeciendo al hombre; le degradan, deformando su corazón, y le privan de su propio y noble dominio.

Mas, apresurémonos a decir que no está el mal en las invenciones mecánicas; proviene del mal uso que nosotros hacemos. Nosotros, los lectores, los que oímos y presenciemos, somos quienes precisamente pagamos enorme contribución a la novela embrutecedora, y al cine fascinador y a los espectáculos que nos remontan. Por consiguiente, de nosotros depende tener firmeza y serenidad. A la prensa, y al cine y a la radio les debemos exigir correspondencia con nuestras formales aspiraciones y con nuestro ideal intangible. Sólo así estarán ellos en su lugar y nosotros en el nuestro: ellos, siervos, servicios; nosotros voluntades y espíritus; nosotros, almas.

¡En guardia contra la mecanización de las almas!

Pero, hay otros progresos que tienden a una transformación de la misma vida social. Con relación a ellos, por sucinto que sea este folleto, es necesario puntualizar o al menos enunciar particulares distinciones.

¿Es que nos oponemos a una transformación de la vida colectiva que oriente a unos individuos hacia

otros, para que lleguen a cooperar juntos y ayudarse generosamente? De ningún modo.

¿Somos enemigos de que a esa evolución que con ritmo acelerado vemos realizarse delante de nosotros, se la estimule no en pocos aspectos por los poderes públicos, guardianes del bien común? Tampoco.

¿Lamentamos, para ser claros y precisos, que los abusos de la libertad se hayan corregido por una reglamentación del trabajo y que la imprevisión colectiva haya cedido su puesto a la previsión organizada y en condiciones de garantizar a los miembros insuficientemente dotados contra los riesgos más graves de la existencia? Tampoco.

Precisamente pensamos con los RR. Pontífices que la institución de la mutua cooperación y ayuda universal no ha llegado a su término y que deberán aún hacerse muchas cosas, para que los bienes del mundo se repartan efectivamente conforme a los dictados de la justicia.

«Las instituciones de los diversos pueblos, dice S. S. Pío XI en la *Quadragesimo anno*, deben poner de acuerdo las relaciones humanas, en conjunto, con las exigencias del bien común, o sea con las reglas de la justicia social, de donde ha de resultar necesariamente que la función, tan importante como es, de la producción económica, encuentre, a su vez, la rectitud y el orden de su equilibrio».

Pero, si es normal y deseable, si es, en gran manera, necesario que se oriente al mundo hacia el amor, que para los cristianos tiene carácter divino con

el nombre de caridad, no es posible admitir que tal dirección lleve consigo nada menos que el aniquilamiento del individuo, de su personalidad.

Por eso, precisamente, no podemos aprobar el modelo hasta hoy desconocido de servidumbre, al cual el maquinismo del siglo xx ha sometido por tanto tiempo, odiosamente matizado de un liberalismo sin entrañas, a la clase obrera, y no podemos tolerar la extensión de tal estado de cosas a toda la sociedad.

Sueñan ciertamente algunos con una sociedad organizada de tal modo, que cada individuo encontraría, entrando en ella, su lugar adecuado, seguiría un rumbo en armonía con sus facultades mentales, morales y físicas, bien examinadas y calculadas, de suerte que cumpliera cada uno todos los días y en todos los instantes la tarea más útil al bien social.

Cualquiera que sea el pomposo título con que se adorne a este artificioso plan que se llama hoy racionalización, socialización y nacionalización, creemos deber estigmatizarlo con el solo nombre que merece: barbarie.

Bárbaro, sí, todo sistema que, sepultando al hombre bajo un montón de prescripciones, pretenciosamente útiles al conjunto de la sociedad, prácticamente destruiría el resorte fundamental que asegura los progresos de toda la colectividad.

Bárbaro, el sistema o el individuo que desalentado e impedido por exceso de trabas, no pudiera ni pensar por sí, ni obrar por sí mismo, ni aun se sintiera él mismo.

Bárbaro y contrario a su mismo fin, el sistema de adaptación social cuyo programa no estuviera constantemente vivificado por la libre creación del espíritu, por las imprevistas aportaciones del talento y de las imperiosas llamas del genio.

Bárbaro, inhumano y anticristiano a la vez, un sistema que apagaría en cada uno de los hombres la luz que Dios ha puesto en ellos para que reconozcan al mundo y le conozcan a Él mismo, y la voluntad despierta en las almas para guiarlas en todo aquello que juzgan ser bien suyo, y que haría de la persona humana, obra maestra de la creación, una rueda consciente apenas, en un maquinismo gigantesco.

Por eso, gritamos:

¿Máquinas?, sí.
¿Hombres máquinas?, no.

Condenando, como condenamos y repudiamos, el liberalismo, esa llaga de los tiempos modernos, que-rríamos, con todo, conservar en el seno de la sociedad renovada, reservándola un justo lugar, esa levadura del progreso que se llama: libertad.

La libertad considerada, no como un potro salvaje que pisotea las tierras del vecino, sino más bien como el corcel que sabe obedecer al freno; libertad racional e ilustrada, que no se limita exclusivamente a la represión de los extravíos, sino que orienta sabiamente las actividades sociales por las vías reales del bien común.

He ahí, en una palabra, el ideal que nos hemos formado de la libertad para los tiempos nuevos.

Estamos firmemente persuadidos de que la sociedad que ya se vislumbra tendrá tanta necesidad de la libertad así entendida, como del aire que se respira y del pan que nos alimenta, y aun creemos que a la clase burguesa corresponde de modo particular la salvaguarda de las libertades así entendidas en medio de tantos peligros como las amenazan, precisamente por constituir la suerte más preciosa de la misma burguesía.

Esta facultad expansiva de la propia personalidad, sin ahondar en otras explicaciones, no la consideramos precisamente como legado peculiar de nuestras antiguas familias burguesas, sino como una universal palanca de toda la civilización.

En tal sentido, no egoísta, sino generoso; no estrecho, sino muy comprensivo, osamos proclamar que ser hombre equivale a ser libre. Y a quien tratara de aniquilar o combatir esta reserva suprema de la civilización, nosotros le gritaríamos con la mayor seguridad:

**Ni esclavos privados de señores,
Ni esclavos públicos del Estado.**

Entre los frutos de la libertad, hay uno de muy legítima marca burguesa:

La cultura del espíritu.

Menospreciaríamos a las demás clases, reconociendo que una prolongada instrucción y un conjunto indefinible, pero muy real, de maneras de obrar y de expresarse constituyen los rasgos principales que nos hacen decir de algunos individuos: ¿He ahí un burgués?... Si bien es verdad que no todos los burgueses, ni de lejos, llegan a ser intelectuales, todos reconocen a primera vista en ellos una corrección particular de lenguaje, sus formas relativamente finas en el trato social y un conjunto de mil detalles que, al primer contacto, revelan cierto desarrollo del espíritu.

Así ha venido a ser la burguesía, tradicional guardiana de la cultura general. No es que todos los individuos participen de dichos caracteres en igual grado; pero ellos constituyen un rasgo característico de su nivel social. Aunque la inteligencia se halla liberalmente repartida por todas las capas sociales, aunque tal vez existen tantos o más labradores despabilados y obreros listos que burgueses letrados, y aunque ciertos burgueses en punto a instrucción sean menos distinguidos que una buena parte de los artistas manuales, la burguesía, por lo menos, aseguró en su capa superior las principales reservas de la disciplina intelectual, al mismo tiempo que se despliegan por toda la clase considerada en conjunto, ciertos estilos y formas en su manera de vivir, y un orden para comunicarse con los demás, con un respeto del buen tono y mesura, característicos en ella, que cuando tal proceder se manifiesta en el exterior de cualquiera persona de

otra clase, no podemos menos de exclamar extrañados: Se ha hecho burgués.

Ahora bien, esta superioridad que todos reconocen a la clase burguesa, es ya un eminente fruto de la civilización. Un pueblo ha tenido que ascender no poco en sus grados de civilización, para producir esa cultura con sus normales consecuencias: el florecimiento de las ciencias, de las letras y de las artes; por ahí suben las naciones a las cumbres de la humanidad.

No; la cultura no es, como algunos piensan, el marco artificioso de una existencia frívola, en la cual lo bonito sustituye a lo bello, y en que los términos raros velan, obscureciéndola, la realidad de las cosas o donde los convencionalismos sustituyen a la verdad; al contrario, ella proporciona naturalmente al pensamiento cuanto contribuye a su fecundidad, al mismo tiempo que proporciona los más delicados atractivos a la vida. ¡Qué gran palanca para nosotros mismos y qué fermento para la comunidad social!

Creemos, por lo tanto, estar en nuestro derecho cuando gritamos a los poderes públicos:

La cultura está en peligro, ¡salvadla!

Es indudablemente un bien que sepan todos leer, escribir y contar, e innegable progreso que se difunda la prensa, y que los obreros manuales y los campesinos alcancen nuevos horizontes. Aplaudimos esta expansión de la cultura y queremos contribuir a ella poniendo a

disposición de quienquiera, tan generosamente como sea posible, la instrucción profesional y los medios de cierto desarrollo artístico.

Esta difusiva expansión de la cultura contribuirá indudablemente a que muchos miembros de otras clases vayan acercándose más o menos a la burguesía. Tal vez llegue a difundir un lenguaje distinguido, el gusto en el vestir y el hábito de leer hasta un punto que llegue a borrar en gran parte la distinción entre las clases.

De todo corazón aspiramos a efectuarla y vemos con alegría cómo ya está comenzando; la comunidad de cultura es indudablemente una de las mejores garantías de la comprensión social; un grado de cultura en la generalidad del pueblo, ¿no es la seguridad de una cierta sabiduría para la vida pública?

Pero, con todo, esta feliz y fecunda divulgación es necesario que se realice sin perjuicio de las más nobles fuentes del saber y del arte. Si el caudal de la cultura es conveniente que llegue a inundar el mundo, y que los periódicos y los libros, la radio y el cine sean asequibles a todos los hombres, resultaría un irreparable mal que olvidáramos las exigencias profundas e indispensables lindes para la creación y sostenimiento de la misma cultura. En esto, como en tantas otras cosas, no es razonable menospreciar la buena cualidad, mirando a la cantidad solamente.

La burguesía tiene una gran misión que cumplir en este punto. Es cierto que los mejores auxiliares de la

cultura elevada vendrán a ella desde cualquiera clase; pero la perfección de ordinario le vendrá de la burguesía. Y he ahí por qué nos hacemos los intérpretes de toda la sociedad cuando reclamamos, en la organización social, el tiempo y los medios necesarios para

Estudiar, reflexionar y crear.

Hay, con relación a esto, situaciones que claman al cielo. Las actividades científicas no han salido de mendigos; el talento artístico, fuera de algunas felices excepciones, hoy se halla reducido a la impotencia; el trabajo intelectual, por lo común, está en la miseria o condenado la mayor parte del tiempo a perpetua mediocridad.

¿Y dónde pasa esto? ¿En países medio salvajes? No. Sino en un pueblo como el nuestro, a la cabeza de la civilización.

¿Y cuándo ha tenido lugar esto? ¿En los días de crisis económica o depresión universal? Tampoco. Precisamente cuando estaban prósperos el comercio y la industria, como si fuera la cultura la eterna cenicienta.

Una de las más caras aspiraciones de la juventud burguesa consistirá, por tanto, en procurar que se organice la sociedad de suerte que se vean protegidos, estimulados y aun que resplandezcan los trabajos intelectuales. Por eso, aplaudimos la creación de instituciones que, como la Fundación Científica, en este punto abren tan bello camino.

La cultura tiene derecho al primer lugar; reclama, por lo menos, el derecho de no morir.

Otro aspecto tiene la vida social. Sobre él también corresponde de modo especial a la burguesía tomar la palabra:

La propiedad.

Hablaremos franca y lisamente, como quien se libra de un peso que tiene oprimida su conciencia.

¿Vamos a defender las concentraciones abusivas, merced a las cuales ocurre que unos pocos manejan en su exclusivo provecho el comercio, la industria y la banca? Eso es envilecedor

¿Defenderemos una organización social, levantando pedestales para colocar en ellos a magnates irresponsables en todos los órdenes de la actividad económica, que renueve un feudalismo peor todavía que aquel primero, subyugue las masas a los intereses de una oligarquía, multiplique las servidumbres privadas y llegue a exigir al mismo poder social, en altiva concurrencia, envilecedora sumisión? Nosotros nos apartamos horrorizados.

Hemos visto condenado tal régimen por la más alta de las autoridades que hay en la tierra. «La libre concurrencia, escribe S. S. Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*, se ha destruido a sí misma; a la libertad del mercado ha sustituido una dictadura

económica. Al desordenado apetito de ganancias ha sustituido un desenfrenado deseo de dominio. Toda la vida económica se ha hecho horriblemente dura, implacable, cruel». Y el romano Pontífice enumera, lastimado, las consecuencias de un tan inhumano desencadenamiento de apetitos. «El decaimiento del poder... caído hasta ser esclavo y hecho dócil instrumento de todas las pasiones y de todas las ambiciones del interés», «el nacionalismo económico, al cual corresponde el imperialismo internacional del dinero, por el cual allí donde se halla el dinero, está la patria». ¿Será necesario añadir que suscribimos filialmente enseñanzas tan sabias del Vicario de Jesúsucristo?

**Nada de fortalezas privadas
contra los intereses de todos.**

**Ni autoridad real sin respon-
sabilidades efectivas.**

Esto supuesto y descartado cualquier compromiso con el capitalismo exagerado, proclamamos con la misma energía la necesidad social de la propiedad privada.

La sociedad no es desgraciadamente *una feliz Arcadia, en la cual todo podría ser de todos. El bien común* carece de los suficientes estímulos para que le *consagremos la vida espontáneamente. El plan orgánico* de la colectividad está muy lejos de ser lo bastante luminoso para que cada uno abandone

de buen grado su suerte a las disposiciones de la voluntad general, bien seguro de hallar en ella su alimento, vestido, habitación y pleno bienestar. En una palabra, si la comunidad de bienes, a primera vista, se os aparece con un aspecto seductor, examinada de cerca es evidente que no podría escapar a este dilema: ¿Quiere realizarse *libremente*? Engendra la discordia y confusión. ¿Tienen que renunciar todos a la libertad? Establece una esclavitud más condenable que la de los antiguos, pues no toleraría en la sociedad ninguna categoría de hombres libres.

Defendemos, por consiguiente, la propiedad en nombre de la paz común, sin perder de vista el interés colectivo y con el deseo más ardiente de armonía general.

Y la proclamamos, sin excluir la necesaria intervención de los poderes públicos, para reprimir los abusos de la apropiación privada, que nos llevarían muchas veces a los acaparamientos egoístas, ni tampoco la excluimos para dirigir sabiamente la iniciativa personal, según las necesidades del momento y los progresos de la educación social, hacia el bien común.

«La pública autoridad puede, inspirándose en verdaderas necesidades del bien común, determinar, al resplandor de las luces natural y divina, el uso que los propietarios podrán o no podrán hacer de sus bienes». (*Quadragesimo anno*).

Preconizamos, en fin, la propiedad, no como privilegio de unos pocos, ni como porción propia de la

burguesía, sino como el objeto de las legítimas aspiraciones de todos.

A cada uno su hogar.

Un hogar muy suyo, donde obreros y campesinos, como los burgueses, desligándose de las imprescindibles servidumbres de la existencia, puedan sentirse un tanto dueños de sí, donde sepan, por lo menos, que sobre aquel pedazo de tierra nadie tiene derecho a turbarles: tal es el más visible muro para la defensa de la personalidad misma. Ardientemente deseamos que aquí en este país (1), donde ya se halla muy repartida la propiedad de las casas, llegue a multiplicarse hasta el punto de procurar un techo libre a la gran masa de la población.

Pero no basta la propiedad de una casa, para garantizar a la propia persona y procurarle los medios materiales de su expansión. Si la citamos es como índice. Hay otros bienes necesarios. El trabajo no solamente debe procurar a cada uno su ración cotidiana de alimento, sino que debe asegurarle un mañana, estimular su espíritu de empresa y ofrecerle atractivos y recompensas, sin los cuales rara vez se despertaría éste.

Tres cosas van al unísono:

Estabilidad, seguridad, propiedad.

Si para tomar su rumbo en la vida es necesario a la persona sentirse como en posesión de cierta base

(1) Bélgica.

material; si es verdadero, como dice Santo Tomás, que cierta medianía económica es necesaria para el ejercicio normal de las virtudes morales, la propiedad debe aparecer entre las elementales condiciones de los pueblos. Considerada, por lo mismo, en su papel humano y social, es algo sagrado.

Bien de familia, bien sagrado.

Al llegar a este punto de nuestra exposición, conviene que nos apresuremos a evitar un equívoco. No podríamos hacernos, en verdad, campeones de la propiedad privada, sin proclamar al mismo tiempo que la más honorable fuente de la propiedad y la base de mayor estima en la expansión de la propia personalidad es el trabajo.

Irritados por el injustificable desdén que por tan largo tiempo ha caído sobre todo el esfuerzo de su vida, los obreros han rehabilitado con orgullo el nombre de trabajadores, ufanándose, al usarlo, de la más noble calidad. Aplaudimos de todas veras el vigor con que se ha obrado la restauración del trabajo manual en la estima pública. Y con tanto más gusto nos asociamos a esta reparación, cuanto que la burguesía gana también el pan por su parte, y para ganárselo debe trabajar rudamente.

Trabajadores, nosotros también.

¿O no es trabajo la incansable actividad del comerciante, que, muchas veces, no distingue días y

noches, domingos o días laborables, abrumado siempre por los deseos de su clientela y multiplicándose por todas partes para encontrarla?

¿No es trabajar el arduo esfuerzo de tantos empleados en los servicios públicos y de tantos gerentes y subordinados en mil empresas particulares, burgueses e hijos de burgueses?

¿No trabajan todo el día, lo mismo el profesor que enseña, que los patronos que dirigen su propia fábrica, el ingeniero que les ayuda y el médico que asiste a los enfermos?

Y si el trabajo de los músculos tanto ha hecho resoplar, ¿estos otros géneros de trabajo no llevan también consigo la fatiga y aun la extenuación?

Estamos seguros de que nadie abriga la menor duda en este punto, y, profundamente convencidos de que servimos la causa de la justicia y de la verdad, proclamamos:

Oficinas, fábricas y campos, todo es trabajar.

Hay más. La obra del espíritu que pone orden en las cosas, cuando todavía no existen; que las prevé, las combina y organiza, es indudablemente de calidad superior al trabajo manual, que se limita, por lo común, a seguir un plan o un detalle preconcebido.

Cuando el arquitecto forma el plano de un edificio con su imaginación es verdad, pero con la medida y posición de cada una de sus piezas y partes, ¿no es infinitamente más creador que un maestro de obras, cuya función es poner ladrillo sobre ladrillo?

Los trabajos de dirección llevan, por su parte, consigo un poder que no podemos atribuir a los de pura ejecución. El hombre director del trabajo de otros hombres que les ha invitado a producir una cosa y no otra, y a producirla en tal momento y de tal manera, ¿no dispone, hasta cierto punto, de la existencia de aquellos que le están subordinados?

Es necesario, además, insistir sobre las responsabilidades abrumadoras que contraen cuantos, como los médicos, abogados..., se ven confiar las vidas y los intereses fundamentales. ¿Sería necesario insistir en la profunda influencia del escritor y del artista, que transmiten su mismo espíritu al espíritu de los demás?

Si *el trabajo* viene a ser *algo sagrado*, porque se reduce a frutos de vida, *dos veces* tiene que ser *sagrado el trabajo del espíritu y del jefe*, porque, bien considerado, es mucho más fecundo que los otros.

¿No es, por tanto, equitativo que si un trabajo lleva consigo riesgos más graves y asume cargas más pesadas, que sea mejor remunerado y que, si alguno lo emprende, se sienta más garantizado contra los peligros de la existencia?

* * *

Al considerar en la persona su poderosa y amplia expansión, ¿cómo dejaríamos nosotros, jóvenes de la burguesía, y de estilo moderno, de reaccionar contra todo aquello que, con menosprecio para nuestra clase, quieren algunos encerrar en la palabra *burgués*?

No tenemos afición y gusto a la vida muelle. Si saludamos con alegría las comodidades y la vida moderna, nos imponemos la obligación de contenernos hasta el punto de no comprometer la frescura de nuestras juveniles energías. No el descanso antes o sin trabajo, ni vacaciones y ocios antes de la fatiga, ni retiros antes de la vejez.

Tendremos a gloria no dejarnos aprisionar en adelante por esa red de mallas estrechas que se llaman convencionalismos burgueses. Si la distinción constituye para nosotros una regla en todo nuestro porte y tono, si la más deferente urbanidad se nos impone, ha de ser muy lejos de todo formulismo y fuera de artificiosas relaciones.

La juventud burguesa de hoy, como todas las juventudes, admira los cuerpos bien formados, los brazos vigorosos y los jarretes de acero. Se goza en respirar a pleno pulmón el aire, siendo una delicia para ella dejar que los rayos del sol doren su frente y que agite su cabellera el viento.

Practica el deporte, no como espectadora simplemente, sino como actriz apasionada. Y si se baña en bellezas naturales, no es para embriagar y enervar los sentidos, sino para templar conjuntamente todas sus facultades físicas. Comunicando así con la obra de Dios, al mismo tiempo se siente impulsada a más y mejor adorarle.

Así, quiere mostrarse no *naturista*, sino *natural*.

III.—LA BURGUESÍA SOCIAL

Cultura, propiedad, trabajo, energía física. Hemos expuesto de modo conciso, algunos atributos fundamentales de la personalidad. Y al mismo tiempo, hemos reconocido también algunos caracteres de la burguesía, tomada en el más justo y elevado sentido.

Pero se falsearía mucho nuestro ideal, si solamente nos atuviéramos a esto. Puntualizar y poner de relieve la personalidad humana, repitámoslo aún con insistencia, no es apartarla de su misión o disminuir su papel social; todo lo contrario.

Desarrollemos un poco este pensamiento, sin lo cual corremos peligro de que no se nos comprenda. Sociales, tenemos que serlo nosotros principalmente por dos razones:

Juzgamos, en primer lugar, que sería imposible que se forme la personalidad en toda su plenitud actualmente, sin el activo concurso de toda la organización social.

Y estamos convencidos, por otra, de que, si es necesario formar completamente la personalidad, es para que sus cualidades espirituales y sus facultades materiales redunden a su vez en mayor ventaja para la multitud.

Tal como nosotros concebimos las cosas, el carácter social radica en el origen y en el término de la perso-

nalidad; es una condición esencial y un término necesario. Frutos de la sociedad, nos debemos a la sociedad. Hijos, por tantos títulos, de nuestros padres, de la Iglesia, del Estado, de la escuela, del oficio y cargo, cuanto más nos elevamos en saber e independencia y en poder, tanto más nos debemos a otros.

Y conforme a nuestro ideal, nos atrevemos a decir que la virtud social todavía no se ha desarrollado lo bastante en estos tiempos bajo este punto de vista, y que se hace necesario reforzar poderosamente lo que podríamos llamar los dos polos sociales de la personalidad.

* * *

Así es como el trabajo de la burguesía debiera dominar ante todo ese tan desenfrenado desorden y esa fiebre sin descanso, en que se agita convulso el mundo, formando su atmósfera en muchos casos.

En verdad, que no está exenta de peligros la iniciativa y debemos observar constantemente, y comparar con sus obras y resultados el espíritu de empresa; el sentido de lo nuevo debe ser estimulado como la mejor promesa del porvenir y, juntamente con él, deben estimularse audacias que obligan a vivir peligrosamente. Pero esto no es deprimir los atributos de la burguesía, sino rodearlos de ciertos elementos sociales que les allanen el camino y proyecten claridades de conjunto.

Anhelamos una *organización de la vida profesional* que por su propio espontáneo esfuerzo nos

libre de tantas angustiosas preocupaciones y traiga para tantos millares de familias mayor paz, descanso y seguridad.

Los desgraciados tiempos que corremos han introducido hasta en la burguesía tal desequilibrio, que actualmente se conoce ya el paro forzoso de los titulados, comenzando por los más humildes y acabando por las carreras más brillantes, y una inseguridad para la vejez que deshace multitud de hogares, cuyas delicadezas y cuidados llegaban a compensar en el seno de las familias burguesas los rudos golpes del infortunio.

No es ya la burguesía de 1936 una sólida clase fuertemente garantizada contra las oscilaciones de la economía, contra las fluctuaciones de los saldos y contra las crisis pasajeras del mercado, por un fuerte cúmulo de ahorros. También la tempestad le alcanza para sembrar en sus filas la devastación. ¡En cuántos hogares burgueses, por una veintena de años, con la guerra mundial primero, y más tarde por la depreciación monetaria, por la crisis económica y por nueva depreciación de la moneda, se ha visto penetrar la pavorosa ruina tres y cuatro veces, no pudiendo en el entretanto, por la naturaleza misma de su labor, proporcionarse los necesarios recursos! ¡Cuántas hermosas fachadas de los barrios distinguidos de nuestras ciudades no son más que simples fachadas, y qué miseria muchas veces bajo el vestido a la moda, salvaguardia de las últimas apariencias!

Ante la innegable realidad, nunca como ahora debe

convencerse la burguesía que no es una privilegiada clase social donde nunca se ha de poner el sol. Por sí misma, por tanto y por todo aquello que representa de sano, de fecundo y de irremplazable para las naciones, debe *organizarse por todas partes y a pesar de todo*.

¿Y por qué no debiera proponerse la burguesía, lo primero, la elevación del nivel moral de las profesiones de las cuales forma parte?

Los abusos de los unos llevan tras sí muchas veces el descrédito de toda una categoría social. Y cuando se trata de profesiones burguesas, las deslealtades, la negligencia y el relajamiento, sea cualquiera la forma en que se presentan, tienen todavía consecuencias peores. Más notables en las capas burguesas, tienen estos defectos un valor ejemplar en ella que no pueden tener en las otras y que autorizaría los defectos de cualquiera. ¿Será necesario decir que bajo las influencias del insano ambiente general, contra las cuales no se defiende muy vigorosamente: la guerra mundial, la ola desenfrenada de las especulaciones comerciales y bursátiles, encima del espíritu de crisis con su terror de la miseria, la conciencia profesional no presenta, ni mucho menos, en muchos casos, la delicadeza de otros tiempos? Contra un decaimiento tan lamentable, reaccionamos con la mayor firmeza, repitiendo esta consigna como regla de oro de nuestra conducta:

**NEGOCIOS LIMPIOS
Y FRENTE HONRADA**

Para esto, ha de servirnos mucho la organización profesional. Por su medio podrán eliminarse muy pronto los indeseables, se reforzará la rectitud personal con la organización, la propia lealtad se garantiza, con su vigilancia por la profesión, no como individuo, sino como verdadera «persona moral», en el más fecundo sentido de la palabra. Así podremos asegurar de modo eficaz y práctico,

La honestidad, mediante la disciplina.

¡Cuántos beneficios no procuraría la organización a las profesiones burguesas, desde una eficaz defensa contra los manejos de los piratas hasta el sentimiento de cooperar más visible y regularmente, y de un modo más respetuoso con la economía nacional, y por lo mismo, con el bien común! ¡Cuántas pequeñas reformas útiles inspiraría inmediatamente, generalizando, por ejemplo, la práctica del descanso dominical! ¿Por qué ha de seguir la burguesía esclava de su trabajo, en tanto que se van desligando los obreros del suyo? Porque siempre ha opuesto resistencia para unirse y obrar conjuntamente. Contra muchos de sus hábitos, hoy, de suyo anticuados y contra los prejuicios indefendibles, contra la mortal rutina, se levanta ya vigorosamente la juventud. A las corrientes disgregadoras que, todo lo largo del siglo XIX, han ido reduciendo la burguesía a un montón de polvo acaso brillante, la juventud hará que sucedan otros ardorosos vientos que vayan

juntando unos a otros los trozos disgregados, para constituirse finalmente, con la resistencia del granito,

El bloque burgués.

Así se verá pronto qué intención nos anima, y nadie podrá dudar en adelante que, al pretender nosotros asegurar la personalidad burguesa, repudiamos gustosamente y sin atenuación toda clase de individualismo burgués.

* * *

Nos acercamos, pues, a lo más profundo de nuestro pensamiento.

Ya las líneas que preceden han patentizado que, si anhelamos una burguesía fuerte y respetada, no es para sustituir un egoísmo de clase a un egoísmo personal. Jamás insistiremos en esto lo bastante: piedra fundamental de nuestra concepción burguesa. ¡Jamás! nosotros no podemos hacer pared maestra entre los intereses y bienestar de la burguesía y los intereses y bienestar de la sociedad entera. Al contrario, tenemos por seguro, y lo proclamamos como base de nuestro programa, que la burguesía, precisamente por las justas ventajas de que dispone, se debe a las demás clases y sería criminal en ella olvidarlas.

Es verdad que tratamos de garantizar la conservación de los bienes morales, económicos e intelectuales

que constituyen el caudal que la tradición ha legado a la burguesía; pero muy lejos de nosotros en este punto la menor sombra de conservadurismo en el mezquino significado que tiene la palabra. La cultura y la propiedad y las facilidades que a la persona procuran para garantizarla su libertad y expansión, de ningún modo queremos poseerlas como bienes reservados a la sola burguesía, sino que procuramos protegerlos y aumentarlos, como la fuente misma del bien de todos. Las «virtudes burguesas», lejos de vivir confinadas en los estrechos límites de una clase, son, por el contrario, de tal naturaleza, que de suyo tienden a brotar, a desbordarse y a comunicarse incesantemente. Para la juventud burguesa,

**Poseer es ofrecer,
saber es enseñar,
poder es servir.**

Idea bien singular tendríamos de la justicia, si pretendiéramos colocar una clase social cualquiera sobre las otras, dotarla de ciertos recursos y salvaguardar su patrimonio moral y cultural, rehusando inmediatamente a las otras clases la esperanza de participar de algún modo en dichas ventajas.

Seamos francos. Si queremos salvaguardar aquellos bienes, no es a título de privilegio burgués, ya lo hemos dicho en las primeras líneas, sino como elementos vitales de la civilización. Para las fuentes de la

civilización se necesitan guardianes cualificados, que encuentren su justo interés en ello, y en su habitual manera de vivir y en las tradiciones de sus abuelos una inclinación muy natural a protegerlas, amarlas y aumentarlas. Tal es la razón de ser, fundamental, de la burguesía como clase social.

Pero no será menos cierto que todos habrán de beneficiarse con ello. Inmediatamente, porque la burguesía es una clase abierta, en la cual el espíritu emprendedor y la cultura han dado entrada siglo tras siglo a los originarios de las otras clases. En segundo lugar, porque los miembros de la burguesía tienen obligación personal de hacer que se irradian sobre las demás clases las ventajas que ellos y no aquéllas disfrutan. Quien tiene más instrucción debe comunicarla de algún modo a otros; quien goza de abundantes medios económicos, de tal manera debe disponer de ellos que, ya sea distribuyendo lo superfluo, ya sea empleándolo de manera juiciosa, estimule los progresos comunes.

No dudamos, por tanto, proclamar, dirigiéndonos a la juventud burguesa,

Más deberes que privilegios.

Si la burguesía es una clase que las demás tienden a imitar, por llevar consigo ciertas ventajas evidentes, por lo mismo se nos impone una más rigurosa concepción de las responsabilidades que nos incumben. Y

tenemos el deber, de evitar ante todo, que por nuestro mal ejemplo, hagamos desviar esos naturales atractivos de tal modo que nos arrastren a ellas y a nosotros a la ruina común.

De ahí que, pensando en la sociedad madre de las otras sociedades, en aquella célula social que constituye por sí sola una gran reserva de cualidades burguesas, al mismo tiempo que de fuerza campesina y energías populares: la familia, consideramos un estricto y urgente deber de la burguesía, perpetuar generosamente la vida, rectificando cuanto antes esa lamentable debilidad, ¡ay! de que ha dado un espectáculo, mejor, un escándalo demasiado sugestivo.

Si aún quedan muchas familias entre los burgueses, coronadas de hijos, y si hay abnegaciones paternas que llegan al heroísmo y en estos tiempos de negras privaciones constituyen un admirable conjunto de abnegaciones, ¿podríamos disimular, por otro lado, la existencia de muchos hogares, voluntariamente tristes y desiertos? ¿Puede negarse que la burguesía fué la primera en formar un vacío en su seno, obligando a sus hijos a no nacer y aun condenando a muerte a los que había concebido? ¿No ha sido ella quien fué difundiendo el uso de ciertos instrumentos homicidas, de prácticas contra naturaleza, de artificios que claman venganza al Cielo, y merced a los cuales las familias van menguando, se aminoran los nacimientos y han secado y marchitado las antiguas estirpes? ¿La falsa

prudencia de un gran número de burgueses que juzgaban asegurar mejor a sus pocos hijos los bienes materiales, no les ha privado, en justo castigo, de la más noble fortuna, que son los hijos?

Hasta en los hogares donde se rechazan con desprecio estos cálculos criminales, ¿no es frecuente, sin embargo, que tiendan a deshacerse las familias, que las costumbres de la vida moderna rebosante de atractivos exteriores, influyen lastimosamente sobre los lazos conyugales y sobre las relaciones que antiguamente unían a los padres y a los hijos? La misma propia casa paterna, ¿no aparece tan sólo a los ojos de muchos como la mesa donde se come, un techo bajo el cual se duerme, y no como el hogar de ternura, de franqueza y de puro amor, donde se pasa la mayor parte de la vida? ¿Adónde se ha ido el amor? ¿En qué relaciones lo hemos prodigado? ¿Dónde se ha gastado tan divino diamante?

No os escandalicéis, jóvenes de intenciones rectas, cuando así hablamos. Estamos con vosotros. La juventud burguesa no puede consentir que un día manche su frente tal reproche y que se la tenga por indiferente a la vida.

Ella se reconoce: ve su sangre pura, está intacto su corazón; mas, cuando recuerda que un viento de muerte ha soplado por mucho tiempo sobre la burguesía, cuando ha escuchado las recriminaciones del campesino primero y después del obrero manual, ¿cómo no había de sentir una responsabilidad terrible, por qué

habría de reprimir este grito de su fe, este llamamiento que constituye su pasado y todo su porvenir:

Al servicio de la vida y de la familia?

¿No es, además, por otra parte, a la vida colectiva en su más completo sentido y a la vida del organismo nacional a quien la burguesía debe prodigar sus cuidados y abnegaciones? Hubo un tiempo en que el ejercicio del poder público era un privilegio de la clase burguesa. Esos tiempos han pasado y no somos nosotros quien se disguste por eso; al contrario, nos felicitamos, al ver cómo todas las clases participan hoy en las decisiones comunes cuando se trata del bien común. Lo cual no impide, sin embargo, que a la clase burguesa tengan todavía derecho, las demás clases, a exigirla que las dé modelos y buenos ejemplos. Al servicio del Estado, y si es preciso, al de la defensa patria, es a quien los burgueses deben y han debido siempre sus más ardientes energías.

Al país, nuestros brazos y nuestros corazones.

Tal será, en suma, la nueva burguesía. ¿Época hubo en que la clase única directora, ejerció su preponderancia sobre las demás en todo el frente de las actividades y se apropiaba el principal beneficio de su posición dominante? Tal vez... Pero, sea lo que fuere

de lo pasado y cualesquiera que fueren las preocupaciones que todo eso haya dejado tras sí, proclamamos sinceramente que los tiempos han cambiado, y que presentan nueva faz. Hoy, manos desplegadas y ensanchado el corazón,

La juventud burguesa viene a servir.

Aquí es donde pone toda la efusión de sus veinte años y toda la franqueza de sus ambiciones. Sólo verá cumplido su ideal, cuando habiendo cambiado el mismo nombre burgués de tono, llegue a sonar con alegría en todos los oídos; cuando entre los burgueses y fuera de la burguesía, se proclame sin duda y por todos:

La burguesía es un servicio social.



IV.—UNA LLAMA QUE REAVIVAR

La burguesía cristiana.

Así llegamos a la fuente misma de nuestro pensamiento, a su inspiración sagrada, y quien nos haya seguido atentamente, comprenderá con facilidad por qué añadimos: *La burguesía no encontrará su verdadero espíritu, si no se muestra cristiana.*

Que nadie considere, por tanto, este último capítulo de nuestro programa como apéndice o complemento, ni en él vea solamente un coronamiento espléndido. Eso desnaturalizaría nuestras intenciones y empujearía el plan en que descansa (así lo confesamos paladinamente) el total esfuerzo de la renovación burguesa. Efectivamente. No tenemos reparo alguno en afirmar con sencillez que nuestro programa incluye, a título de condición y elemento constitutivo, esencial e indisoluble, la doctrina católica. Si así no nos expresáramos, tendríamos el remordimiento de mostrarnos fríos, ingratos y cobardes, respecto a lo más precioso que llevamos en el corazón.

Sí; en todo cuanto concierne a la inspiración moral de la vida, la renovación burguesa tiene que dimanar del sentido cristiano, como la luz del sol, como el agua de la fuente, como el fruto de la flor.

Y, en este pleno sentido, gritamos también, unidos a

las demás formaciones que constituyen el movimiento de juventudes católicas:

La burguesía para Cristo.

Ese ideal iremos repitiendo, proclamando y profesando, a pesar de todas las reticencias y de tanto respeto humano como hasta el presente ha tenido la burguesía. Tiempo es ya de que una parte muy considerable de burgueses que llevan el nombre de católicos en los labios, repruebe ya en definitiva la evidente degradación que tiene reducida en muchos hogares la vida religiosa a un conjunto de ritos fuera de propósito, de fórmulas con poco espíritu, de prácticas vacías y sin alma. La burguesía no puede justificar su verdadero rango en una civilización que tiene fondo profundamente cristiano, si no se da cuenta de que ahí está el origen de su descrédito... Ni se les hubiera ocurrido a las masas en los tiempos modernos arrojar a la cara de los burgueses el título de sin entrañas, ni se hubieran levantado contra ella tan terribles conmociones, si la burguesía no hubiera dejado de ver en el

Cristianismo una vida.

Añadamos todavía, para evitar equívocos.

Nosotros consideramos la vida sobrenatural como el modo más eminente de existencia a que ha sido

llamado el hombre; como una forma incomparablemente superior a cualquiera otra forma de vida; creemos firmemente que la gracia que nos hace hijos de Dios y coherederos de Jesucristo es, entre todos los bienes, el mayor bien.

Por tanto, nuestro más íntimo deseo es que todos aquellos a quienes amamos, lleguen a esa cumbre que domina el mundo, sus pasajeros intereses y tantos afanes que nos enloquecen. Por la práctica de los sacramentos de la Iglesia, camino único para subir a esa cumbre, deseamos de lo más íntimo de nuestro corazón que todos vivan en esa inefable amistad que nos hace partícipes, de algún modo aquí en la tierra, de la misma vida divina y nos prepara la plena felicidad y la visión de Dios en el Cielo.

Al profesar nuestro catolicismo, ese tiene que ser el sentido primero de nuestra profesión. Con gusto adquirimos el compromiso de llevar este mensaje a nuestros hermanos burgueses, porque la caridad nos impulsa primero a ser útiles a nuestros prójimos más cercanos, y asistir a los que hablan nuestro lenguaje y en cuya mutua confianza vivimos. Si el obrero debe ser el primer apóstol del obrero,

**El burgués debe ser el primer apóstol
del burgués.**

Así responderemos, por una parte, al insistente llamamiento que a todos sus hijos hace la Iglesia. La

Iglesia nos urge a todos, ancianos o jóvenes, para que nos unamos a su obra, para que nos hagamos colaboradores de la sagrada jerarquía y contribuyamos valerosamente al perpetuo expansivo esfuerzo por el cual la Iglesia trata, sin descanso, de buscar y ganar para Cristo a los pueblos que no le conocen, y también, para volver a Cristo a cuantos habiéndole conocido, comienzan a desconocerle.

De suerte que de ahora en adelante no puede haber en la Iglesia fieles que no estén expresamente invitados en toda la medida posible a sus influencias naturales, para ser portaestandartes de la palabra divina y propagandistas de la ley de amor. A esta cooperación orgánica, permanente y disciplinada, que tiene su fuente y raíz en el mismo corazón de la Iglesia y se difunde doquier los hombres encuentren a otros hombres, atribuyen los Romanos Pontífices el nombre de Acción Católica por excelencia.

No haya, pues, engaño. La Acción Católica no es obra de partidos, y la política, fuera de la defensa de los intereses de Cristo, la tiene sin cuidado. Es una empresa espiritual que no tiene más propósito, que cumplir, en la Iglesia y por la Iglesia, la obra exclusiva de Jesucristo.

A esta inmensa tarea, que va dividiéndose y especificándose, conforme a la edad, según los medios y ambientes en que vive cada uno, según las necesidades de los unos y de los otros, también somos llamados los jóvenes burgueses... Y nuestra misión

particular consiste hoy en irradiar a Cristo, su doctrina y sus obras en todos aquellos que llevan una vida semejante a la nuestra: en los demás jóvenes burgueses.

De tan fundamental pensamiento, en el cual se transforma todo lo humano al contacto de lo divino, resultará la completa renovación moral de la burguesía, como efecto natural de un espontáneo desarrollo. Sin profesar la Iglesia ninguna preferencia por una clase social determinada, quiere que todas vayan impregnándose de su espíritu, cada una según su naturaleza, en el campo de su destino propio y de su natural contribución al bien común.

Por eso, aunque profundizando mucho el sentido, o sea, refiriéndonos al aspecto moral, estamos autorizados para proclamarlo y debemos proclamar con energía que hay dos cosas que son inseparables:

La renovación burguesa.

La restauración cristiana.

Ni hay por qué dudarlo. La doctrina del catolicismo atribuye a la persona un tan alto valor, que su eminente dignidad forma, en el plan cristiano, el fundamental elemento, irreductible, inviolable de todo el organismo social. Ante una tal concepción, desaparecen los peligros de que la sociedad se convierta en un todo absorbente y el individuo en un átomo. El Estado ve limitado y detenido su poder ante los umbrales de la conciencia, y no corre peligro la

persona de verse reducida a la categoría de simple número en una serie,

**El cristianismo nos libertará,
EN ESTOS COMO EN LOS
PRIMEROS SIGLOS.**

Por otra parte, cuando el pensamiento católico impregnaba por completo la vida social, fecundaba la cultura tan profundamente también y de tal suerte animaba el talento de los pintores y escultores, el de los arquitectos y poetas, y en general el de todos los artistas, que nuestras modernas ciudades aún se ven dominadas por su catedral y nuestros museos no pueden contener el fruto de aquel trabajo. De modo parecido y en ese espíritu quisiera zambullir la Iglesia del siglo XX a la moderna civilización. Para los grandes ideales, los grandes genios; para los principios luminosos, los grandes espíritus; para los pensamientos vitales, almas creadoras; pero ¿qué ideal, qué principio y qué pensamiento igualará nunca el pensamiento y la doctrina de Cristo, que bebiendo en las fuentes originarias de la vida, exaltó hasta los cielos la vida entera?

Por eso, la burguesía tendrá particulares alientos y estímulos, cuantos más jefes encuentre, para

Multiplicar ante todo las ideas y las luces.

Pero la vida cristiana es, ante todo, una vida de amor. ¡Oh! ¡el amor inmenso, que abarca la humanidad

entera! ¡El generoso amor que nos muestra en cada uno de nuestros prójimos un hermano y que de tal modo extiende la idea de prójimo que hasta los desconocidos lo son! ¡Amor extraordinario que ha estrechado a la humana fraternidad al calor y a ejemplo de las amistades divinas, para revestirla del inefable carácter de la comunión de los santos! No rebajemos la pureza de la caridad, esa dispensadora de puras alegrías, con frivolidades, ni la confundamos siquiera con la simple limosna. ¡Ojalá llegue a descubrir la burguesía en el fondo mismo de sus actuales sufrimientos, que la caridad, tal como la prescribe nuestro Redentor y como se difunde por la Iglesia,

**Es para el amor de Dios,
para el amor de los nuestros,
para el amor de todos.**

Bendito sea Dios que ya hemos manifestado lo más puro de nuestras almas.

Este programa no tiene otro propósito que la enunciación de las bases.

Lo sabemos y eso hemos pretendido.

Estamos convencidos íntimamente, de que se agita una profunda crisis moral en el seno mismo de la terrible crisis material. Esta proviene de aquélla en su mayor parte.

Recordémoslo, doblando la pendiente, para no des-
caminarnos.

Nos abandonaríamos a la peor de las ilusiones, figurándonos que las habilidades de los economistas o la técnica de los ingenieros basta para sacar a las naciones del fondo del abismo donde gimen. No bastan los tratados para que haya paz; ni veremos restablecido el orden a fuerza de leyes; ni se devuelve la prosperidad a las naciones por tarifas de aduanas, política fiscal o táctica monetaria. Todo esto bueno es y deseable; pero no es lo esencial de una reforma que debe ser propiamente humana.

Ante todo, ¡el espíritu!

Si la juventud entiende que debe tomar su parte animosamente para la reconstrucción del orden nuevo, no se olvide que no es a la manera de quien arrastra una piedra para restaurar el ángulo descantillado de un edificio viejo. Todas las reparaciones de simples detalles son indignas de una fuerza que se considera creadora; y correríamos peligro de ver engañado al mundo en plena crisis de restauración.

Nunca, desde que sopla sobre la civilización occidental el viento del individualismo, se ha encontrado ésta más vacilante e inestable, ni tan aturdida como al presente.

Ahora que vacila y tiembla entre mil encrucijadas, aspirando a todo sin saber nada con seguridad, avanzando a derecha e izquierda con paso inquieto; ahora que a su alrededor van haciéndose cada vez más pesa-

dos y más negros los horizontes, ¿no es la hora providencial precisamente en que la humanidad y la juventud se arrodillen pronta y generosamente para levantarse luego más fuertes y más orgullosas? Veámoslo sino. Se van creando ídolos de carne y de materia, ya se apresuren a rebuscar los olvidados en la penumbra de los tiempos, ya se imaginen otros inéditos. Los hombres tratan de adorar nuevamente al sol, a los árboles y a las aguas, en tanto que las naciones adoran su raza y su sangre. ¡Tanto se siente la necesidad de grandeza, de poder, tanta necesidad tienen de Dios!

¿No es el momento, afirmamos, de hacer resonar doquier

El gran principio de nuestra salvación?

No somos profetas, y todos y cada uno de nosotros confesamos humildemente nuestra debilidad. Pero, siguiendo a San Pablo, nos hacemos una gloria de nuestra misma debilidad, para mejor conocer por ella

El don que Dios ha hecho al mundo.

ofreciendo al hombre un redentor.

He ahí lo que anima nuestra esperanza, lo que alimenta nuestro gozo, y he ahí, a través de tantos nubarrones de nuestra hora, lo que hace resplandecer el porvenir a nuestros ojos. Volvamos nuestras miradas a la saliente aurora, saludémosla para siempre con

ferviente alegría y ofrezcámonos al día venturoso que ya se anuncia. Con ello, serviremos a Quien con su eterna frescura promete mañanas de maravillas.

Mundo nuevo, juventud nueva.

Sí; pero ante todo,

Juventud de Dios, juventud del mundo.

Una última palabra.

Hermano mío en juventud y hermano mío en burguesía.

Acabas de leer las anteriores páginas.

Tal vez te hayan impresionado, sin duda te has reconocido.

Pues no dudes que tales han sido las ideas fundamentales que han inspirado al primer Congreso de la Juventud Burguesa de Bruselas el 2 de junio de 1935.

Pero, acaso ignorabas que tal es, al mismo tiempo, el programa fundamental de una organización permanente, de un movimiento activo:

La juventud independiente católica.

Una de las ramas de la Juventud Católica Belga, donde los jóvenes burgueses reanudan y estrechan

mutuamente sus relaciones, verdaderamente jóvenes y también, bajo el nuevo soplo, verdaderamente burgueses.

**Adheríos a nuestro movimiento,
que es el vuestro.**

*Escribid al Secrétariat Général de la J. I. C.
47, rue de Stassart, Bruxelles (Belgica).*

* * *

No hablemos de las otras clases.

Eres joven, caro lector. No sé dónde habrás luchado; pero has combatido mucho. Interiormente primero, y acaso en el frente más tarde. Lo mismo si te ha tocado vivir entre los nacionales, que si has permanecido entre los rojos. Los peligros que han corrido y a que se hallan expuestos aún tus bienes y tu casa, tu conciencia y tu vida, y, más que nada, los que han corrido tu madre o esposa, tus hermanas o hijas, han hecho brotar de tu corazón generoso torrentes de la más viva indignación. En Mérida, Badajoz y Toledo, en Madrid y Valencia, o en lo alto del Guadarrama, tal vez rojo con tu sangre, has reflexionado mucho ante sufrimientos y desvaríos inconcebibles, ante horrores y trastornos inauditos.

¿Quién ha traído esta lamentable situación? ¿Han

podido evitarla nuestros padres? ¿Pudiera repetirse? ¿Qué sería de mi hogar, de todo mi porvenir...? ¿Puedo hacerme yo responsable de semejantes horrores ante mis hijos el día de mañana? La Religión y esta patria envidiable y gloriosa, devastada entre incendios y sangre... Sí; tu intrépido y noble corazón ha puesto las armas en tus manos. Una España grande, limpia y gloriosa, tu dignidad y tu vida, la seguridad y el decoro de los tuyos, la Religión, sanísimas tradiciones, toda una civilización sublime, si sublimes las hay, te lo exigía. Y no sabes cuán admiradas contemplan hoy las naciones a tanto Guzmán el Bueno, después de volver, atónitas, los ojos, de tantos horrores abominables. Lucha mundial, sublime, digna de vuestra querida patria.

Pero, la lucha no es la vida. Eso nos habían dicho. ¡Ojalá termine pronto y para siempre! La vida es otra cosa. El trabajo en paz, eso es la vida. Y, después de la lucha, ¿cómo afianzaremos la paz, y haremos alegre y fecunda la vida y el trabajo? Las armas, hoy, son indispensables para que reine la paz. Las leyes y el amor, la sangre pura y sana circulando por arterias robustecidas, he ahí lo que no pueden hacer las armas.

No troncha una revolución a los pueblos como siega la hoz flores lozanas. Han tenido que ir antes marchitándose, debilitándose y aun desgarrándose los tejidos y fibras de las naciones. ¿Cómo? Abandonando abnegaciones y sacrificios que, como ahora, tienen que multiplicarse luego por millones.

Como insidioso placer, como suave licor de borrachera embriagan y alegran un instante los abandonos, pero ¡cómo trastornan luego! Verdad es que las leyes morales quebrantadas, no producen la borrachera y el trastorno en pocas horas. Tardan mucho a veces. Pero ¡qué trastorno y qué terrible borrachera!

La burguesía tascó el freno de sus leyes morales, quebrantando su rica tradición. Se ha rehabilitado en los campos de batalla, porque ha sublimado hasta el heroísmo la ley moral, reanudando vigorosamente su tradición gloriosa. Ella infundirá en la nación el vigor y robustez moral de que han carecido sus despreocupados padres, acaso aletargados entre frivolidades y negocios, o corruptoras tolerancias.

La bandera burguesa, heroicamente roja en el frente, tremolando sin cesar otro perseverante, sereno y sobrenatural heroísmo, el de su talento, posición y riquezas, hará que no tengan por qué preocuparse más de peligros, infamias y horrores, ni la burguesía ni la Patria.

No hay mayor garantía, que una vida burguesa tradicional y muy sana, después de haber triunfado en el frente, para los padres y para los hijos, para las madres y para las esposas. Ahí está la solución del horroroso problema, la salud de Tirios y Troyanos, la salvación definitiva de la Patria.

JOHN SPENGLER.

(Precio: 1 peseta).

8/MJS

CAT-16/10/60

10.5

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.— <i>Resucitemos el alma burguesa.</i>	3
II.— <i>Un ideal de sana burguesía.</i>	12
III.— <i>La burguesía social.</i>	31
IV.— <i>Una llama que reavivar.</i>	43

LIBRERÍA LA TRASTIENDA



Mariano D. Berrueta, 11

Tfno.: 987 215 285

Ruiz de Salazar, 16

Tfno.: 987 876 222

LEÓN

Autor _____

Título BASES PARA UN PROC.
DE RENOV. DE LA SUV. BURG.
Ref. CAT. 16 / BURGUES.
Precio 10 €

